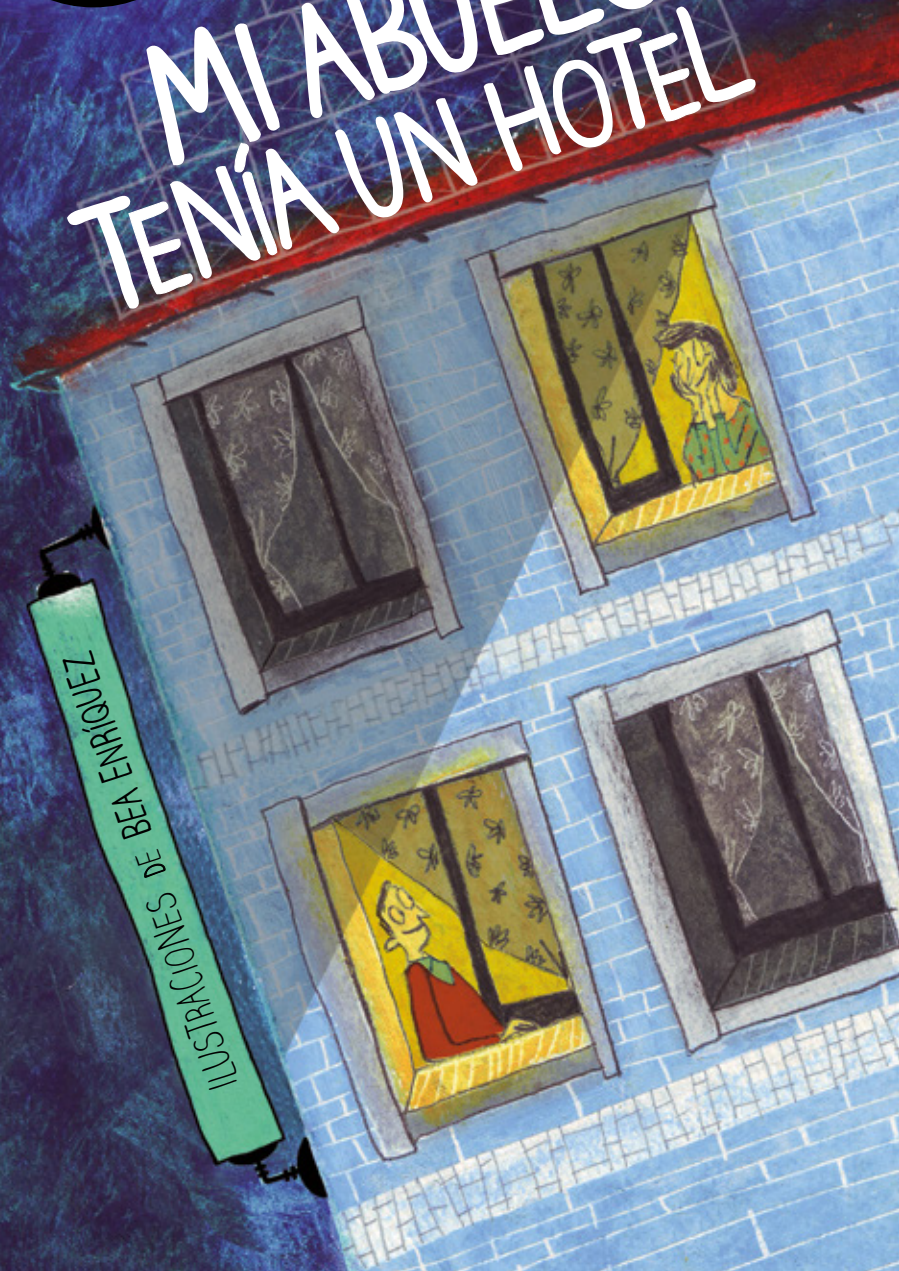


PREMIO ANAYA  
2020  
INFANTIL

DANIEL NESQUENS

# MI ABUELO TENÍA UN HOTEL

ILUSTRACIONES DE BEA ENRIQUETZ



DANIEL NESQUENS

# MI ABUELO TENÍA UN HOTEL

ILUSTRACIONES DE BEA ENRÍQUEZ



XVII PREMIO ANAYA  
DE LITERATURA  
INFANTIL Y JUVENIL

ANAYA

© Del texto: Daniel Nesquens, 2020  
© De las ilustraciones: Bea Enríquez, 2020  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1.ª edición, abril 2020

ISBN: 978-84-698-6584-2  
Depósito legal: M-2632-2020  
Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# ÍNDICE

Capítulo 1	11
Capítulo 2	15
Capítulo 3	19
Capítulo 4	24
Capítulo 5	28
Capítulo 6	33
Capítulo 7	39
Capítulo 8	43
Capítulo 9	48
Capítulo 10	52
Capítulo 11	57
Capítulo 12	61
Capítulo 13	65
Capítulo 14	70
Capítulo 15	75
Capítulo 16	80

Capítulo 17	85
Capítulo 18	90
Capítulo 19	94
Capítulo 20	99

HOTEL viene del francés *hôte* (huésped) y este a su vez del latín *hospes* (anfitrión). *Hospitale domus* designaba una casa para acoger huéspedes; *hospitale cibiculum* hacía lo propio con un cuarto de dormir para huéspedes.



# 1

**M**I ABUELO TENÍA un hotel. El hotel se llamaba como mi abuela. O sea, su mujer.

Para entrar, para acceder al hotel, había que subir tres peldaños de madera. Uno, dos y tres. Como un pódium olímpico, pero sin números, sin medallas, sin banderas, sin himnos.

Cuando subías los tres escalones, cuando abrías la puerta, al final del pasillo, veías a mi abuela. Mejor dicho: un gran retrato de cuerpo entero de Eloísa. Era bellísima. No me extraña que mi abuelo se enamorase de ella nada más verla.

A los pies del cuadro, pintado al óleo, había una maleta sin abrir. La maleta era de piel de vaca. Las manchas blancas estaban algo rozadas, sucias. La más grande tenía la forma de Islandia. Otra más pequeña, la de Terranova. Se le olvidó a un cliente habitual, un tratante de ganado con cara de rana apellidado McCobsiim.

El libro de registro de huéspedes era voluminoso. Se encontraba encima del mostrador, a la vista de todo el mundo.

La letra de mi abuelo era pulcra, cuidada. Algo picuda tal vez. Las eses eran como ganchos de cortinas. Las íes, trazos de lluvia. Mi abuelo escribía el nombre y apellidos del cliente en mayúsculas. Luego añadía una pequeña descripción. Incluso anotaba alguna observación muy particular, muy personal, muy de él.

«El señor McCobsiim tiene cara de rana y huele a oveja. Es alto y desciende de una antigua familia de rancheros. Otra cosa: odia el queso. Solo pronunciar la palabra queso delante de su nariz de goma le produce un sarpullido en la parte derecha de su cuerpo. ¡Queso! Y el ojo derecho le comienza a parpadear como si fuese una luz de neón. Es curioso: en la parte izquierda, nada».

Dentro de la maleta que se dejó olvidada el tratante de ganado había otra maleta, mejor dicho: un maletín más pequeño y manejable.

Ya había pasado un tiempo importante desde que McCobsiim no aparecía por el hotel. Ni una llamada, ni una reclamación: nada, como si se lo hubiese tragado la tierra. Así que





mi abuelo cogió la maleta y la dejó con cuidado sobre el mostrador de recepción.

—Aquí estaría Reikiavik —dijo señalando un punto de la mancha más grande.

—Y aquí un géiser —añadió mi abuela, poniendo su dedo sobre el interior de Islandia.

—¿La abro? —preguntó mi abuelo.

La abrió y apareció un maletín de madera barnizada en mate. Esta vez no preguntó. Lo abrió también.

—Es un tablero de backgammon —dijo mi abuelo.

—¿Backgammon? Nunca había oído ese nombre —dijo mi abuela.

—Es un juego de mesa para dos jugadores. Ya se jugaba hace 5 000 años. Mira, esto es el tablero. Tiene una, dos, tres... veinticuatro puntas. Las fichas, el cubilete... faltan los dados.

—A saber cómo se juega —añadió mi abuela. Se dio media vuelta y dejó a mi abuelo con una ficha negra entre los dedos.

La lanzó al aire como una moneda: salió negra.

## 2

LAS LLAVES DE las habitaciones no salían nunca del hotel. Se dejaban siempre en su casillero correspondiente. La llave de la habitación 102, en el casillero de la 102; la de la 103, en el de la 103... Diez llaves. O sea, diez habitaciones. Cinco por planta.

Mi abuelo, sin girarse, alargaba el brazo hacia atrás, palpaba el casillero, cogía la llave y se la ofrecía al cliente junto con una sonrisa. Era un movimiento ligero, perfectamente estudiado, milimétrico.

Una anilla metálica del grosor de un tallo de geranio unía la llave de la habitación a un círculo de madera donde, pirograbado, aparecía el número. No había dos llaves iguales. Ni dos rebanadas de madera, ni dos trazos de número, ni dos listones de aquel casillero que mi abuelo cortó, ensambló y barnizó con sus propias manos.

La fachada del hotel daba al este. Así que amanecía por la puerta principal. Los rayos de sol trepaban escalón a escalón hasta llamar a la puerta. Toc, toc.

La casa tenía tres plantas. La planta baja, la planta calle, hacía también de vivienda familiar. Dos dormitorios, una cocina, un lavabo y una pequeña habitación para herramientas y chismes. Además, estaba la recepción y una sala de desayunos en la que se habían respetado las ventanas con cristales emplomados. La distribución estaba perfectamente calculada.

Nada más entrar en el hotel te encontrabas con el mostrador que servía de recepción. Un viejo reloj de péndulo daba perfectamente las horas. Tic, tac, tic... Siempre tic, siempre tac. Siempre un minuto de retraso cada día.

Mi abuelo se sentaba detrás del mostrador y esperaba la llegada de los clientes. Cuando no tenía nada que hacer, escribía versos separados simplemente por números.

22

*Como un puñado de hojas secas,  
sobre mis manos en llamas.*

La primera y la segunda planta eran idénticas, como dos rebanadas de pan de molde. Pero no todas las habitaciones tenían el mismo precio. Las acabadas en 5 tenían un precio más elevado que el resto. Y es que eran más grandes, más luminosas, con mejores vistas y con alguna que otra diferencia. En una de las esquinas tenían una chimenea con un sillón con reposabrazos; y, en el cuarto de baño, una enorme bañera con cuatro patas de hierro forjado con forma de garras de león. Una bañera que hacía las delicias de quien se sumergía dentro.

Algunas veces, en las largas tardes de invierno, cuando no había clientes, antes de la cena, mi abuelo encendía la chimenea y se acomodaba en aquel sillón ideal de cuadros escoceses. Se descalzaba, abría un libro y leía. O igual pensaba y escribía aquellos versos.

24

*Medio dormido entre las sábanas  
veo pasar un hilo de nubes.  
Todas tienen tu nombre.*

26

*La oigo pasar de puntillas  
por la curva de mi corazón.  
Mis arterias, mis venas, mi vida.*

28

*Nunca antes me había sucedido,  
soy un recién llegado  
a este estado de felicidad.*



**E**n un hotel suelen suceder cosas de todo tipo. Pero el hotel Eloísa, además, tiene un magnetismo especial para atraer a huéspedes muy singulares: hombres, mujeres, niños, niñas... se alojarán en este sorprendente lugar. Desde un hombre disfrazado de salchicha a un distinguido caballero dispuesto a alquilar todas las habitaciones, una para cada noche.

El hotel del abuelo tiene una clientela tan peculiar que en él se dan las situaciones más estrambóticas.

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1525241  
9 788469 865842

ISBN 978-84-698-6584-2

